

A mi hijo.

Mientras te miro no hay soledad.

La mejor sinfonía nace en mis oídos.

El más sublime canto ennoblece mi día.

Tu curiosa mirada se enreda con la mía
en perfecta conexión a nuestras vidas.

Cada día me descubres.

Cada día te descubro.

Me enseñas un mundo que no conocía.

Aprendo contigo una etapa de la vida,
de la que no poseo un solo recuerdo.

Es tu rostro la copia de mi imagen de niña.

Es tu boca la réplica de mis labios latinos.

Amanece tu risa, fiel imitación a la mía y
con tu genuina alegría

mi mundo se ilumina.

Ayer descubriste tus manos.

Hoy descubres las mías.

Manos que se entrelazan para no soltarte más.

Manos que serán garras para defenderte.

También rosas para agasajarte,

Pero nunca látigo,

Ni fuego, ni veneno.

Dra. Isis Betancourt Torres. La Habana. 2010